

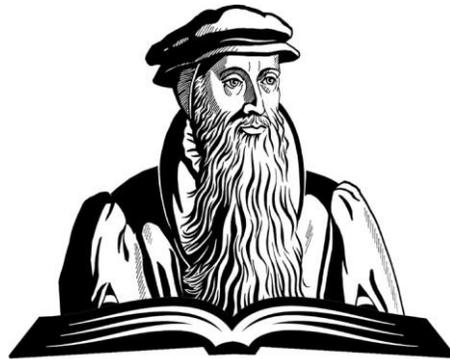
Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

**LA LEY DEL AMOR
EN LA IGLESIA**

Conferencia 1

Introducción



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

John Knox Institute of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

© 2021 by John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, con fines de lucro, salvo en citas breves con fines de revisión, comentario o investigación, sin la autorización escrita del editor, John Knox Institute, PO Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de la versión Reina Valera 1960.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. A. T. Vergunst es ministro del Evangelio en la Reformed Congregation de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación de la Reformed Congregations of New Zealand.

www.rcnz.org



Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

LA LEY DEL AMOR EN LA IGLESIA

1. Introducción
2. Tres principios para la armonía
3. Los fuertes y los débiles en la fe
4. Las instrucciones del Rey para los fuertes
5. Las instrucciones del Rey para los débiles
6. Conclusión y exhortación



LA LEY DEL AMOR EN LA IGLESIA

por el Rev. A. T. Vergunst

Conferencia 1

Introducción

Queridos amigos, una cordial bienvenida a nuestro estudio introductorio sobre el tema de la Ley del Amor en Asuntos de Libertad. Se basará en Romanos 14, versículo 1, hasta el capítulo 15, versículo 7. Me dirijo a aquellos que pertenecen al reino espiritual de Jesucristo. En otras palabras, aquellos que, por la gracia de Dios, son creyentes nacidos de nuevo. Fuisteis, por la gracia de Dios, librados del poder de las tinieblas, resucitasteis de la muerte en delitos y pecados, y fuisteis unidos a Jesucristo por medio de la fe. De esta manera, habéis llegado a ser parte del reino del Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, y nada de esto se basó en nuestras obras o méritos, pero como Pablo señaló en Efesios 2:10, «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas». Parte de estas buenas obras es vivir en comunión con toda la familia espiritual de Dios. A la mayoría de todos los santos no los conoceréis nunca en este mundo, pero viviremos íntimamente con otros creyentes en la familia de nuestra iglesia local. Con ellos, somos llamados a vivir en armonía, no agradándonos a nosotros mismos, sino sirviendo a los demás. Pablo afirmó la voluntad de Dios en los versículos finales de Romanos 15, la sección que vamos a considerar: «para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros» —¿cómo? — «como también Cristo nos recibió para gloria de Dios». Ahora, admito que esto es un alto encargo. Es demasiado grande para nuestros débiles corazones y débiles rodillas, especialmente cuando vivimos con gente cambiante, o todavía peor, cuando luchamos nosotros mismos con el bagaje del pecado que mora en nosotros. Cuán necesario es orar cada día lo que Jesús nos enseña en la oración del Señor: «Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, *así* también en la tierra». El Catecismo de Heidelberg expone brillantemente estas peticiones con estas palabras: «Concédenos que te conozcamos, te santifiquemos y glorifiquemos. Reina de tal modo sobre nosotros por tu Palabra y Espíritu, que nos sometamos cada vez más y más a Ti; conserva y aumenta tu iglesia. Haz que nosotros y todos los hombres, renunciemos a nuestra propia voluntad, y con toda humildad obedezcamos la tuya que es la única buena, para que cada uno de nosotros cumpla su deber y vocación, tan fiel y gozosamente como lo hacen los ángeles en el cielo». Esto es lo que dice el Catecismo de Heidelberg.

Ahora, el tema de esta serie de conferencias es cómo alcanzar y cómo mantener esta vida armoniosa que glorifica a Dios en la familia de la iglesia. Nos vamos a centrar principalmente en las Escrituras de Romanos 14 y 15. Vivir en paz y en armonía en una familia de iglesia local y

hacer la voluntad de Dios sin murmuraciones es un desafío real. ¿Y cuáles son los desafíos a los que tenemos que hacer frente en esta tarea? Bien, hay cierto número de ellos.

Primero, hacemos frente a las tensiones y presiones normales de la vida en general. Nuestros cuerpos y nuestras mentes son humanos y pueden estar cansados. La enfermedad puede añadir cargas importantes, así como la pobreza económica o social. Ahora, añadan a esta mezcla todas las tensiones raciales que existen alrededor de nosotros. Estas realidades pueden causar fricciones y fracturas en nuestra armonía y paz.

El segundo desafío es que aun si somos, y podemos ser, por la gracia de Dios, partícipes de la gracia salvífica de Dios, todavía luchamos con los restos del pecado que mora en nosotros. El mejor de los santos de Dios todavía puede experimentar debilidad y enfermedades en su fe. Así, es bueno recordarnos que una iglesia bíblica sobre la tierra nunca es una muestra de gente perfecta. Por el contrario, consideremos nuestra iglesia como un hospital de pecadores que están sanando, quienes tienen que ayudarse unos a otros en este viaje de recuperación.

Ahora, un tercer desafío entre los santos de Dios es que tenemos una amplia variedad de caracteres. De la misma manera que en la familia natural, en la familia espiritual también la dinámica de diferentes personalidades puede crear fricción y desarmonía. Ahora, todo padre y madre sabe cómo los jóvenes e impulsivos o los niños tercos pueden perturbar rápidamente la paz e incluso hacer que aquellos de nosotros que somos maduros actuemos en pecado. Ahora, añadamos a esto las diferencias en nuestra constitución natural o temperamento. Hermanos y hermanas, la gracia santifica a los pecadores, pero no cambia nuestras personalidades. La simple verdad es que no todos los creyentes son fáciles de tratar. Unos santos son más reservados, mientras que otros aman la publicidad. Algunos son asertivos o ambiciosos en carácter, y muchos otros seguirían instrucciones más bien que dirigir. Así, esta diversidad, en el diseño y propósito de nuestro Creador, nosotros no la podemos deshacer. Hemos de complementarnos unos a otros, más que competir unos con otros. Y sin embargo, debido al pecado, estas diferencias pueden fácilmente llegar a ser una causa de desarmonía, especialmente cuando uno comienza a dominar o, todavía peor, abusar de su poder o autoridad.

Un cuarto factor de desafío es el recorrido espiritual que cada uno de nosotros ha hecho antes de ser salvo. Algunos que son salvos han llegado al reino con una historia de una vida profundamente perturbadora detrás de ellos. Son los que han experimentado algún trauma profundo. Otros llegan con pesadas cargas emocionales debido al abandono o el abuso. Luego, están aquellos que han crecido en sus familias como pequeños reyes o reinas, que pueden encontrar que servir, o ser los últimos o los menos importantes, sea algo muy difícil para ellos. Como resultado, encontramos tensiones que crecen en las relaciones entre creyentes. Bien, están aquellos en la comunión que han vivido un estilo de vida de pecado o de rebelión. Aunque todos han sido salvos por gracia, y todos se han vuelto de sus pecados, su perspectiva de la vida puede ser muy diferentes de la de aquellos que siempre han vivido una vida religiosa ordenada, estricta y devota. ¡Cuán fácil es para uno juzgar al otro, o despreciar al otro! Tal vez a otros santos, que pueden hacer distintas concesiones en asuntos que no están definidas en la Escritura, nosotros los juzgamos o los despreciamos.

Así pues, esto nos lleva al quinto desafío que puede facilitar la desunión. Este factor es la diferencia en la madurez espiritual, en entender la plenitud del evangelio. Eso es algo de lo que el apóstol está tratando aquí, en Romanos 14 y 15. Ahora, imaginen, por ejemplo, al carcelero de Filipos que se menciona en Hechos 16. Durante toda su vida, él vivió un estilo de vida duro en la oscuridad y bajo el dominio del paganismo. Entonces sabemos que Dios lo salvó soberanamente y comenzó su nueva vida en Cristo. Estoy seguro de que el hombre estaba lleno de celo, liberado de la carga del pecado y lleno con el gozo del Espíritu Santo. Y aunque

experimentó rechazo y oposición de sus antiguos amigos, pudo haber sido como aquellos a los que Pedro describió en 1 Pedro 1:7 y 8: «os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, *que es* la salvación de *vuestras* almas». Y él estuvo lleno de este gozo.

Y ahora imaginen que al lado de él vivía una estricta familia judía. Toda su vida la vivieron conforme a las leyes mosaicas y las tradiciones rabínicas. Evitaron cualquier contacto estrecho con sus vecinos paganos. Cada día del Sabbat iban a la sinagoga. Cada día, comían y se vestían exactamente como habían sido enseñados por sus maestros y antepasados judíos. Pero ahora, a través del evangelio predicado, también llegaron a ser creyentes en Jesucristo. Recientemente, se habían unido a la familia de la iglesia local de Filipos, de los cuales el carcelero también es miembro. Y aunque la confianza de estas personas judías ahora está en Jesucristo para salvación, ahora ellos luchan por dejar las prácticas a las que estaban acostumbrados pensando que agradaban a Dios con ellas. Sus conciencias están todavía ligadas por muchas prácticas religiosas de años anteriores. Para ellos, por ejemplo, omitir los cultos del día de Sabbat los hace sentir mal. O dejar el ritual anual de la Pascua los hace sentir como si hubieran hecho una negligencia pecaminosa. Para ellos, mezclarse con otros cristianos como el carcelero y su familia todavía los hace sentir raro, puesto que toda su vida habían sido enseñados a no tener trato con esta gente. Así que ven, la familia judía sentía que varias cosas que hacían sus hermanos y hermanas en Cristo eran transgresiones de la ley de Dios. Ahora, no es fácil ver cómo estas diferentes mentalidades de cristianos genuinos pueden llevar a la desarmonía en el cuerpo de la iglesia local.

Posiblemente otro ejemplo de esta tensión se sintió realmente entre Jesús y sus propios discípulos terrenales. Sin duda, los discípulos se sintieron incómodos cuando vieron acciones de su Maestro. Sabemos que Jesús a menudo actuó o habló de manera muy distinta con lo que ellos habían sido criados o con lo que ellos estaban acostumbrados. Jesús no era como los rabinos que les enseñaron todos esos años en la sinagoga y que caminaban o se paseaban por las calles del pueblo. Saben, su Maestro no era así. Su Maestro, Jesús, sanaba a los enfermos. Él fue a comer a la casa del fariseo en el día del Sabbat. Anduvo un largo camino en el día del Sabbat, mientras incluso arrancaba la espiga de grano, y la frotaba en sus manos, y la comía, y no lo desaprobaba, como hacían los rabinos. Él no insistió en que se tenían que lavar sus manos antes de la comida. Incluso tocó al inmundo e intocable leproso. Sus interacciones con la mujer samaritana, como se describe en Juan 4, literalmente los desconcertaron. Ningún rabino hablaría jamás con una mujer en público, y ciertamente menos con una samaritana de ese carácter. Ahora, está registrado en Lucas que él comía con publicanos y ramera. En una comida, permitió que una mujer que había roto todas las normas sociales lo tocara, pues ella se descubrió el pelo para lavar los pies de él; la mujer tenía incluso una mala reputación. Así, las acciones amables y decisivas de Jesús, como sabéis, enfurecieron a los hipócritas fariseos. Ellos lo despreciaron como alguien sin ningún valor, pero muy probablemente también causó una incomodidad real en sus propios discípulos. Hubo momentos que ellos sintieron que Jesús era demasiado radical, o que fue demasiado lejos en sus acciones. La reacción de Pedro, incluso después de Pentecostés, apoya la idea de que los discípulos de Jesús habían luchado con las libertades que se tomó Jesús. Cuando, en una visión, Dios instruyó a Pedro que hiciera algo muy, muy poco judío, como sabéis, fue demasiado para Pedro. Dios le dijo que se levantara y comiera, y la respuesta de Pedro es inmediata y fuerte: «De ninguna manera, Señor, porque ninguna cosa inmunda o impura he comido jamás». Hacer esto tenía que haber violado cada fibra de la conciencia de Pedro, aunque fuera un creyente en Jesús. Sin embargo, el Señor le instruyó que esto ya no era un asunto de conciencia.

Ahora, ¿podéis ver cómo estos diferentes puntos de vista pueden crear una tensión real en la familia de vuestra iglesia? ¿Podéis ver cuán difícil puede ser mantener un compañerismo abierto y amoroso, mientras no estamos de acuerdo en todos los asuntos de fe y de vida? Ahora,

felizmente, no tenemos que resolver por nosotros mismos esta tensión y presión tan común en nuestras familias de la iglesia. El Señor de su iglesia nos ha dado instrucciones muy claras y realmente muy detalladas para tratar estas cuestiones. Estas instrucciones se encuentran principalmente en Romanos 14, versículo 1 hasta el capítulo 15, versículo 7, así como en 1 Corintios 10, versículos 23 al 33. Y en esta serie sobre la libertad cristiana, exploraremos las enseñanzas principales de estas Escrituras. Así, en las próximas conferencias, nuestros propósitos son tres. Primero, considerar la voluntad del Señor sobre cómo su pueblo ha de vivir en esta unidad de la libertad cristiana. Y segundo, vamos a definir cuáles son los asuntos que en realidad están comprendidos en la libertad cristiana. Y tercero, considerar de manera práctica cómo hemos de sobrellevar y soportar unos a otros en el espíritu de mansedumbre y amor, mientras diferimos en asuntos de la libertad cristiana.

Bien, primero y antes que nada, ¿cuál es la voluntad de Dios respecto a cómo su pueblo debe vivir en unidad? Bien, no debería haber ninguna duda que vivir en unidad es la voluntad de Dios. Vivir en unidad requiere mucho amor, y este amor genuino nunca es algo que proviene de la educación, o de la cultura, o incluso de nuestras mejores intenciones. El amor genuino, tal como está definido por Pablo, en 1 Corintios 13, versículos 4 al 8, es la obra de Jesucristo. Sólo es cuando Cristo está viviendo verdaderamente en nosotros, por su Espíritu, que podemos ver este tipo de amor: amor que soporta, que es amable, que no tiene envidia; amor que no se jacta o que toca su propia trompeta, o actúa rudamente. Si no, por el contrario, un amor que busca primero el bienestar y la paz de los demás. O un amor que no se provoca o irrita por el comportamiento o por lo que escogen los demás. Un amor que no piensa mal de los demás, que no sospecha de ellos o que los juzga. Si no, por el contrario, en amor soportamos a los demás, pensamos lo mejor de ellos, esperamos lo mejor de ellos y perseveramos fielmente a amarnos unos a otros. Esta acción de amor en el cuerpo de Cristo es un enorme poder para promover la unidad. Satanás lo sabe. Satanás sabe que el amor en acción es un arma poderosa en las manos de Dios y por consiguiente le interesa sobremanera hacer todo lo que puede para perturbarla. Y una manera de actuar es que él llevará las cosas fuera de proporción. Podéis llamar a esto el método de la distorsión. La distorsión es cuando nos centramos en asuntos que son menores, o cuando hacemos de los asuntos menores en asuntos mayores. ¿Y a qué nos referimos con asuntos mayores? Los asuntos mayores son las claras revelaciones e instrucciones de la voluntad de Dios para nuestra fe y para nuestra vida. Doctrinas como la justificación por la fe, regeneración por el Espíritu Santo, inspiración de las Escrituras, la Divinidad del Hijo del hombre-Jesucristo, la divinidad del Espíritu Santo, los Diez Mandamientos. Todos estos son ejemplos de asuntos mayores. Amigos, como cristianos debemos estar unidos en estas piedras angulares y pilares de la verdad divina. Aunque la cultura y aunque el lenguaje puede diferir, todos los cristianos hallarán unidad al confesar los artículos de la fe cristiana. Esta es la unidad de los asuntos mayores, tal como son confesados en el Credo de los Apóstoles.

Así pues, ¿cuáles son los asuntos menores —algunos ejemplos de esto—? Bien, son los asuntos de vida y de fe que no está especificados en la voluntad revelada. Por ejemplo, ¿han de observar todos los cristianos la celebración tradicional del nacimiento de Cristo en diciembre? ¿Es esta celebración un debe o un «puede»? Otros ejemplos de asuntos menores en cuanto a vida son los estilos de vestimenta, el uso de joyas, beber bebidas alcohólicas o incluso algunas comidas. Un asunto menor relacionado con la fe puede ser también la cuestión en cuanto al bautismo de infantes o de adultos. No, lo que puede ser un asunto menor de desacuerdo en una cultura puede no serlo en absoluto en otro contexto. En otras palabras, las cosas menores pueden estar muy localizadas o incluso ser parte de su denominación. Así, esta parte de la vida y fe cristiana se refiere como la libertad cristiana. Bien, lo que ocurre es que alguien comienza a

proclamar un aspecto no definido de vida como la voluntad expresa de Dios para la fe y la vida. Por ejemplo, no hay nada malo si creyentes desean tener compañerismo juntos en una noche de la semana o en el sábado por la mañana para tener oración y estudio bíblico. Bien, ¿qué ocurre si los líderes o cierto número de miembros comienzan a hacer sentir culpables a otros que no asisten a estos encuentros semanales o en el sábado? ¿Qué ocurre si comienzan a enseñar que es la voluntad de Dios para cada uno unirse a estos tiempos de oración y estudio bíblico en todos los tiempos designados, a menos que estés terriblemente enfermo o fuera de la ciudad? ¿Qué ocurre si alguno juzga por no asistir? ¿Qué ocurre si aquellos que asisten comienzan a pensar y a hablar de los que no asisten como unos cristianos de segunda? Bien, ven que esto creará tensión, y puede incluso llevar a gran desarmonía. Ahora, ¿cómo evitarlo y cómo manejarlo? El Rey no nos dejó sin sus instrucciones detalladas, y ellas de nuevo prueban ser una fuente de vida para cada familia de la iglesia, si son honradas y seguidas.

Así pues, ahora estamos listos, después de esta introducción, en nuestra presentación, para mirar en las Escrituras de Romanos 14 y 15. Y que Dios nos bendiga a todos y nos haga ser de bendición, cuando nosotros compartamos con los demás en nuestras iglesias locales. Gracias.